

“Bajo el cielo de América”: Presentación de Josefina Licitra

Antes que nada, quiero agradecer a todos los miembros de América Solidaria, especialmente a Pía de la Fuente y a Benito Baranda, por la invitación a Santiago de Chile, una ciudad a la que siempre me gusta volver. Y quiero agradecer también a Carolina Díaz, con quien tuve los intercambios relacionados específicamente con el libro.

Porque de eso trata este encuentro: de un libro. Estamos presentando *Bajo el cielo de América*, un título que cumple con dos funciones a la vez: por un lado, es la forma que encontró América Solidaria de celebrar sus quince años de existencia (y de justificarlos también, porque las historias que aquí se cuentan están relacionadas con la labor que hace la organización en diversos países). Y, por otro lado, al estar por afuera del tono de divulgación propio de una ONG, este libro cumple una función periodística muy interesante.

Voy a centrarme en esto. Porque desde el punto de vista de alguien que escribe, edita y lee crónicas –que es lo que yo hago–, lo que hay es un producto que no tiene ninguno de los lugares comunes de las publicaciones de divulgación de un organismo público o privado. *Bajo el cielo de América* es un libro con diez crónicas que cuentan de qué manera, en un continente con hambre y con grandes desigualdades sociales, se resiste y se pelea con armas nobles y con el objetivo de achicar las brechas sociales. ¿Qué función cumple América Solidaria dentro de este libro? Pensaba en el *Decálogo* de Kieslowski, una película que cuenta diez historias autónomas entre sí, que tienen en común un elemento estético: en cada una de ellas, aparentemente a propósito de nada (que no es el caso de América Solidaria, que interviene a propósito de todo), aparece un hombre caminando con una pequeña canoa al hombro. Ese hombre es una convención que une las historias, y en ese sentido, al leer este libro, pensé que la función estética de América Solidaria tiene que ver con eso: con unir esas historias, aun cuando en muchos textos el nombre de la organización ni siquiera aparece.

Y luego, claro, está la función que no es estética sino política, ideológica: en este libro, América Solidaria es la herramienta que permite que ciertas historias se nos presenten. Es un motor de visibilidad.

¿Cómo se presentan estas historias? Lo hacen a través de un subgénero del periodismo y de la literatura, de un híbrido, que es la crónica periodística. ¿Qué es la crónica? ¿Qué se puede decir de ella? En primer lugar, que es un género de cruce: toma los elementos verificables propios del periodismo (entonces los personajes que aparecen, existen en el plano de “lo real”, y las escenas que se cuentan sucedieron, y los datos que se dan fueron chequeados); y los interviene con las herramientas de la narrativa de ficción, para lograr que esa información

periodística sea, además de veraz, verosímil: sea creíble, genere empatía en los lectores.

En segundo lugar, la crónica es un género que se vale de una pequeña historia para contar un estado de cosas más amplio. Es una suerte de ventana que nos permite ver mucho más que los devenires de un grupo de personas: nos permite ver cómo gira el mundo, para dónde estamos yendo o, al menos, dónde estamos parados.

En tercer lugar, no es un género que vaya detrás de la primicia. Todas estas historias tuvieron su momento en los diarios; incluso –pienso en el caso de los qom, que fue muy tratado en mi país, Argentina- fueron “noticia” reiteradas veces. Pero así como llegaron, se fueron del espacio público. Ahí es cuando llegan los cronistas, para levantar las piezas de lo que quedó y tratar de armar un mapa interesante, complejo.

En cuarto lugar, la crónica es un género que no juzga, que no opina. Se expresa desde un punto de vista, pero no levanta el dedo moral delante del lector diciéndole qué tiene que pensar para coronarse como “persona bien pensante”.

Y por último, la crónica es también un género que se expresa a través de personajes: personas que encarnan la historia y nos permiten una empatía. Así es como vemos que la crónica de Álex Ayala (Bolivia) se centra en los días de Doris Huerta, empeñada en sacar a los niños de la calle –y de todas las formas de violencia que allí anidan- y llevarlos a un hogar donde intenta devolverles el cariño y la dignidad perdidos. O leemos en la crónica de Victoria De Masi (Argentina) la historia de un líder aborígen que murió hace seis años, de un modo dudosamente accidental, mientras encabezaba la lucha de su pueblo qom por recuperar las tierras que les fueron arrebatadas en el norte del país.

A través de estas personas, que a la vez son personajes, la crónica logra ponerle rostro, textura y complejidad a lo que de otra manera es un número o es un informe periodístico hecho, a veces, sin salir del escritorio. La crónica toma datos verdaderos y los vuelve, además de verdaderos, verosímiles: logra que el lector, al recorrer las historias, tenga la certeza ya no racional sino emotiva, orgánica, de que esas vidas doloridas existen. Y que con esa certeza se vea impulsado a hacer algo.

Ahora bien: esta apelación al lector, en Bajo el cielo de América, se logra sin golpes bajos. La del golpe bajo es una gran tentación en las historias que tocan el dolor social. Sobreadjetivar, lamentarse, sentir compasión por nuestros personajes es la manera más insospechada y fácil de degradar a un entrevistado. En este caso, sin embargo, las diez historias comprometen al lector sin darle lecciones morales. Y estoy segura de que eso tiene que ver con la mano de Carolina Díaz, la editora. Porque por más que el material sea bueno, nunca es parejo y hay autores que quedan naturalmente abrumados por aquello que cuentan. Y acá está la clase de edición que uno valora: Carolina logró que cada autor se exprese con su propia

voz, pero a su vez –y eso se nota- lo sometió a un inmenso trabajo de medida, de cálculo, que es el que permite que las historias sean eficaces. Juan Villoro dice “la leña seca arde mejor” para explicar por qué, si queremos conmover, tenemos que ser austeros en nuestra escritura. Pues bien: aquí hay leña buena y seca.

Pensaba, hablando de leña seca, en la historia de la Popa, escrita por Patricio de la Paz. La Popa dirige una fundación que capacita a personas con alguna capacidad diferencial, física o mental, para entrar al mercado laboral. Y ella es muy seca con ellos, a veces es dura, pero esa austeridad es la que los dignifica.

Estas crónicas tienen mucho de ese “modo” de la Popa, y al mismo tiempo América Solidaria tiene mucho del modo de la Popa y del libro. Todas las historias que se cuentan aquí, son relatos de superación que no están mediados por el asistencialismo sino por el esfuerzo y la ayuda para conducir ese esfuerzo. Si uno ve la historia de Colombia, escrita por Juan Miguel Álvarez, nota que Camila, la protagonista, progresa en la periferia de Bogotá dentro de un proyecto de reciclado y reforestación que evoluciona con trabajo, con esfuerzo. Que es algo que también se ve en la historia de Elsa Cabria, sobre la construcción de una huerta agroecológica en Guatemala. Se trata, además, de un esfuerzo sostenido, porque no son historias que tengan un cierre.

Y aquí está, justamente, el último punto a destacar. Las historias de *Bajo el cielo de América* no son tontamente optimistas. Muestran una salida, porque si no mostramos salida para qué contamos. Pero a la vez no fuerzan la realidad para que el final sea feliz. Son historias de gente que lucha pero que no puede bajar los brazos ni un minuto. Son historias que no te dejan en paz. Son historias que te dejan preguntándote si podrías hacer algo.

La posibilidad de que esa pregunta suceda justifica ampliamente la aparición de este libro. Ojalá lo disfruten y lo tomen, en algunos casos, como un primer paso hacia una vida todavía más comprometida con el prójimo, sobre todo con el prójimo que sufre.

Josefina Licitra